



# Medios de Comunicación y dictadura

## Argumentos para contrarrestar la indecencia

**Faride Zerán Ch.**

**U**n incipiente debate se inició entre los periodistas e incluso al interior de la orden profesional (ver páginas 8 y 9) en torno al rol de la prensa en dictadura, luego de conocido el Informe de Prisión Política y Tortura. Si tiene éxito, promete ser un interesante y necesario análisis acerca del deber ser de una profesión cuyo *ethos* descansa en la búsqueda de la verdad y la ética, dos principios violados por la mayoría de los medios durante los 17 años del régimen de Pinochet.

Por ello, el análisis y contenido de esas discusiones deberían ser conocidos por las nuevas generaciones que estudian periodismo en las distintas universidades del país si efectivamente queremos construir un Chile distinto donde los valores y principios tengan el peso que nunca debieron perder.

Sin restarle mérito a los ejercicios individuales efectuados en las últimas semanas por aquellos profesionales que supieron y no hicieron nada; de los que callaron, desinformaron y fueron parte por acción u omisión de verdaderas estrategias informativas que contribuyeron a las peores violaciones de derechos humanos (un claro ejemplo es la Operación Colombo, donde 119 jóvenes, hombres y mujeres, son detenidos y luego hechos desaparecer por organismos de seguridad, pero fueron presentados en medios como *La Segunda*, *El Mercurio* o *La Tercera*, como *vendettas* entre miristas, sin investigar lo que realmente aconteció); sin minimizar el valor moral de quienes hoy dicen que fueron cobardes o que no sabían o que nunca nadie les dijo nada, el tema central no pasa por las personas sino por los medios en los que trabajaban.

Seríamos ilusos e ingenuos, por no hablar de cobardía moral, al culpar solo a los periodistas (que, sin duda, tienen responsabilidad) cuando sabemos del blindaje que tuvo la dictadura de parte de medios de la cadena de *El Mercurio* y *Copesa*, con *La Tercera* y *Qué Pasa* de esos tiempos, más aquellos del ámbito de la radio y la televisión.

Si las responsabilidades también son institucionales, de ellas no se escapan los propietarios de los medios de comunicación antes mencionados, que no solo conspiraron (como es el caso de Agustín Edwards, propietario de *El Mercurio*), en contra del gobierno constitucional de Salvador Allende, sino que luego callaron y ocultaron los crímenes de lesa humanidad cometidos por el régimen militar.

El argumento de que nada se podía hacer es tan falaz como la respuesta de la Corte Suprema ante este hito histórico que marca el Informe de Prisión Política y Tortura, frente al cual se lavan las manos. O el oportuno "mea culpa" del senador socialista Ricardo Núñez, quien al decir que el golpe de Estado contra Allende, un gobierno elegido por las urnas, era inevitable está validando las brutalidades cometidas fuera de la ley; y el viejo adagio de que cuando intervienen las Fuerzas Armadas no es para bailar vals, precisamente.

Hoy vivimos momentos históricos. Luego del informe (incompleto, es cierto en tanto no están todos los torturados y se res-

guardan los nombres de los torturadores, pero Informe de Prisión Política y Tortura al fin), lo que se diga o se omita quedará registrado para el futuro y la sentencia del que no tenga nada que decir, que calle para siempre resulta adecuado a este hito de la transición chilena.

De allí que los grandes medios de comunicación no pueden guardar silencio o traspasar el tema a sus periodistas. La nota aparecida en TVN de tres militantes del MIR siendo entrevistados mientras estaban detenidos, con señales visibles de torturas, no era solo responsabilidad del camarógrafo y periodista, sino del canal y sus ejecutivos. Cuando Carmelo Soria fue asesinado y en los medios apareció la tesis de la DINA de un crimen pasional, no fue responsabilidad solo de quien redactó la nota, sino del medio y sus ejecutivos, como en la Operación Colombo, en la Operación Albania y en un largo etcétera.

**“Los grandes medios no pueden guardar silencio o traspasar el tema a sus periodistas. La nota aparecida en TVN de tres militantes del MIR siendo entrevistados mientras estaban detenidos, con señales visibles de torturas, no era solo responsabilidad del camarógrafo y periodista, sino del canal y sus ejecutivos. Cuando Carmelo Soria fue asesinado y en los medios apareció la tesis de la DINA de un crimen pasional, no fue responsabilidad solo de quien redactó la nota, sino del medio y sus ejecutivos, como en la Operación Colombo, en la Operación Albania y en un largo etcétera”.**

Podría decirse que no tenían alternativas. Pero la existencia de una prensa opositora, independiente y con coraje que desde mediados de los 70 y hasta después del triunfo del NO, contó y denunció todo lo que hoy es una novedad son los testigos de cargo de aquellos que callaron por miedo o complicidad. La desaparición y tortura como política de Estado; la existencia de cárceles clandestinas; los negocios de Pinochet y su familia; el montaje de los 119 detenidos desaparecidos fueron temas de portada en medios que vendían miles de ejemplares en los

kioscos y que cuando eran clausurados y sus periodistas amenazados, encarcelados o asesinados, salían en mimeógrafos, y sus cuartillas corrían de mano en mano; medios opositores como *Análisis*, *Cauce*, *Apsi*, *Hoy*.

No hay atenuantes para esas grandes cadenas mediáticas. En las antípodas se levantan esos medios precarios en su constitución económica, alternativos en su línea editorial y desdeñados por los grandes avisadores cuyo sesgo ideológico conservador subsiste hasta hoy.

Medios de comunicación muertos en democracia, es cierto, pero irrefutables testigos de cargo de una prensa poderosa que sucumbió ante el poder dictatorial.

El periodismo es una profesión cuyo rol social es inherente al de los medios donde se ejerce su misión.

Por los periodistas pasados, presentes y futuros y por el derecho de esos medios a cambiar, equivocarse, pero nunca callar, el país espera gestos, señales, palabras.

No se trata de "mea culpa", término pomposo y desprestigiado que a estas alturas nadie cree.

Es la palabra justa y documentada y es la frase oportuna que cala en el alma de una sociedad lo que aquí y ahora todos esperamos.

Se trata de la mirada retrospectiva y valiente capaz de decir nunca más, entre otras razones para que no solo en la sociedad, sino además en las aulas del casi medio centenar de escuelas de periodismo del país, quienes ejercemos la docencia tengamos argumentos para contrarrestar lo que en definitiva se consagra como un tiempo de indecencias.